

Capítulo 10



El Regalo

Más tarde esa misma mañana, la cafetería de Ongsa seguía un poco más tranquila de lo habitual. El bullicio matutino apenas acababa de disiparse, dejando tras de sí el rico aroma a café recién tostado flotando en el aire, entremezclado con la cálida fragancia de los pasteles recién salidos del horno. El ambiente en el interior se sentía reconfortante y seguro, exactamente como debía ser.

Sin embargo, la persona que empujó la puerta en ese momento cargaba con una profunda inquietud de pies a cabeza.

Saengnuea entró a paso más apresurado de lo normal. Su rostro dulce y delicado lucía ligeramente ensombrecido, y sus hermosos ojos recorrieron el lugar como si buscara a alguien en el segundo exacto en que ingresó. Al no ver a la persona que deseaba encontrar, se dirigió de inmediato hacia Ongsa, quien se encontraba detrás del mostrador.

—P' Ongsa —llamó en voz baja, más tenue que de costumbre, pero la preocupación en su voz era inconfundible—. ¿Está P' Phatsa aquí?

Ongsa levantó la mirada de la taza de café que sostenía en la mano, antes de negar ligeramente con la cabeza.

—No está aquí.

Aquella respuesta hizo que Saengnuea se congelara al instante. La decepción cruzó su rostro de forma tan evidente que resultaba imposible pasarla por alto. Cualquiera que lo mirase habría adivinado con

facilidad que no había ido hasta allí solo para comprar café o saludar de pasada.

—No logro comunicarme con P' Phatsa para nada —continuó, apretando ligeramente los labios—. Desde anoche.

Ongsa se quedó inmóvil por un breve instante antes de responder con una voz calmada, desprovista de brusquedad.

—Phatsa se ha mudado temporalmente a casa de un conocido —dejó la taza sobre la superficie con lentitud—. Probablemente esté un poco ocupado.

Saengnuea parpadeó despacio, como si intentara procesar la respuesta. Una vez que la comprendió, su rostro se ensombreció aún más que antes.

—Oh...

Bajó la mirada hacia la punta de sus propios dedos por un momento antes de volver a hablar; su voz era queda, como la de alguien que se esfuerza enormemente por aparentar que se encuentra bien.

—Iba a invitar a P' Phatsa a ver una película conmigo.

Ongsa frunció el ceño de inmediato. No porque no comprendiera los sentimientos del otro muchacho, sino porque este no era, en absoluto, un momento en el que Saengnuea debiera estar saliendo a ningún lado.

Miró fijamente y en silencio al joven frente a él durante dos segundos antes de preguntar de forma directa:

—Estás cerca de tu ciclo de celo, ¿verdad?

Saengnuea se tensó sutilmente y luego desvió la mirada en lugar de responder. Esa sola reacción fue suficiente para Ongsa. Dejó escapar un suspiro

silencioso, de esos que nacen cuando ya se conoce la respuesta, antes de hablar en un tono más serio.

—Entonces, con mayor razón no deberías ir a ninguna parte. Tendrías que quedarte en casa.

Saengnuea levantó la vista casi de inmediato, con una expresión que dejaba claro que estaba listo para protestar.

—Pero llevo puesto un collar adecuado.

Se llevó la mano al cuello para tocar ligeramente el collar oculto bajo su camisa, como si lo usara como una prueba para defenderse.

—Y si voy con P' Phatsa, no debería haber nada de qué preocuparse —continuó un poco más rápido—. P' Phatsa puede ayudarme. Lo más probable es que sea un alfa.

Esa frase hizo que Ongsa se quedara inmóvil por una fracción de segundo.

No fue porque le sorprendiera que Saengnuea pensara que Phatsa era un alfa. Sabía muy bien que la mayoría de la gente lo asumiría de forma natural, especialmente por la personalidad de Phatsa, que no se parecía en nada a la de un omega típico. Pero ese no era el problema.

El problema era que Phatsa no era un alfa.

Y en su estado actual, apenas podía cuidar de sí mismo. ¿Cómo se suponía que iba a ayudar a proteger a otro omega que estaba cerca de su celo?

Por ello, Ongsa no tuvo más remedio que sepultar toda la verdad en el fondo de su pecho y responder con cautela:

—Incluso con un collar, eso no significa que estés seguro al cien por cien.

Saengnuea pareció no estar dispuesto a aceptar aquello tan fácilmente.

—Pero yo...

—Saengnuea.

Ongsa pronunció su nombre con suavidad, pero con el peso suficiente para hacer que el otro muchacho guardara silencio de inmediato.

—No estoy bromeando —dijo con lentitud y claridad—. Cuando estás cerca de tu celo, debes tener más cuidado de lo habitual. Si sales y pasa algo, no habrá valido la pena el riesgo.

Saengnuea apretó los labios con aún más fuerza. Sus ojos temblaron levemente, no como los de alguien que quería discutir solo por ganar, sino como los de alguien que protestaba por pura decepción.

—Solo quería ver una película... —murmuró—. No intentaba hacer nada peligroso.

Al escuchar aquello, el corazón de Ongsa se ablandó un poco.

Porque, al fin y al cabo, el muchacho frente a él solo era alguien que deseaba pasar un momento ordinario con la persona con la que se sentía a gusto. No estaba pensando en absoluto en los peligros ni en las consecuencias.

Sin embargo, el mundo de ambos nunca había permitido que las cosas ordinarias fueran tan sencillas.

Ongsa salió lentamente de detrás del mostrador y se detuvo frente a Saengnuea. Desde esa distancia más corta, resultaba aún más evidente que el otro chico no se encontraba realmente estable, a pesar de que todavía intentaba ocultarlo por fuera.

—¿Qué te parece esto? —dijo Ongsa, suavizando la voz—. Si de verdad quieres ver una película, espera a que pase este periodo y luego se lo vuelves a pedir.

Saengnuea se mantuvo en silencio.

—Y si Phatsa está libre entonces —continuó Ongsa—, yo mismo le ayudaré a decírselo.

Aquellas palabras hicieron que Saengnuea levantara los ojos para mirarlo de nuevo. Su expresión pareció mejorar un poco, aunque la vacilación aún permanecía por completo en su mirada.

—¿De verdad?

—Mmh.

—¿De verdad se lo dirás por mí?

Ongsa esbozó una leve sonrisa, un tanto afectuosa.

—De verdad.

Saengnuea se quedó quieto y en silencio un momento, como sopesando si debía dejar las cosas hasta aquí. Al final, soltó un suave suspiro y asintió despacio, aceptándolo a regañadientes.

—Está bien...

Su voz se había suavizado tanto que casi sonaba a reproche infantil.

Ongsa lo miró y no pudo evitar sentir un poco de lástima por él. Al mismo tiempo, experimentó un alivio al ver que, al menos, el otro muchacho estaba dispuesto a escuchar. Por lo menos hoy no tendría que lidiar con el dolor de cabeza de perseguir por mitad de la ciudad a un omega cerca de su celo.

Saengnuea se quedó allí de pie un momento más antes de volver a preguntar, como alguien que verdaderamente no lograba dejar ir el asunto.

—Y P' Phatsa... ¿se encuentra bien?

Aquella pregunta hizo que Ongsa se pausara por una fracción de segundo.

Porque si tenía que responder con honestidad, ni él mismo estaba seguro de qué significaba la palabra «bien» para Phatsa en este momento. Al final, solo pudo evitar dar una respuesta directa y contestó con la voz más calmada que pudo adoptar:

—Él... probablemente esté bien.

Saengnuea asintió despacio, como si se llevara esa respuesta para reflexionarla a solas, antes de juntar las manos en un educado wai hacia Ongsa.

—Entonces, me iré a casa primero.

—¿Quieres que alguien te acompañe?

Saengnuea sacudió la cabeza rápidamente. —Está bien. Puedo regresar solo.

Ongsa observó cómo el otro muchacho salía en silencio de la cafetería. Su espalda lucía extrañamente más pequeña que antes, aunque en realidad nada en él hubiese cambiado.

Una vez que la puerta de la cafetería se cerró, el silencio regresó de nuevo.

Pero esta vez, Ongsa sintió un peso mucho más denso en el pecho.

Sabía muy bien que la situación de Phatsa se estaba volviendo cada vez más complicada, hasta el punto de que incluso las personas de su entorno que no sabían nada estaban siendo arrastradas, una a una, hacia el borde de aquel caos.

Y cuanto más pensaba en la mirada que Saengnuea tenía hace un momento, más se limitaba a rezar en silencio.

Por favor, que nadie más salga herido por esto.

Saengnuea estaba a punto de darse la vuelta para marcharse, pero antes de que pudiera dar un verdadero paso, Ongsa lo llamó:

—Espera.

Su voz no fue alta, pero había algo en su ritmo... El sonido escapó más rápido y agudo que en cualquier otro momento en que hubiera hablado hoy.

Los hermosos ojos de Saengnuea se abrieron aún más, como si el asunto anterior ya hubiera sido lo suficientemente difícil de procesar, y ahora le hubieran arrojado otro encima antes de que pudiera siquiera respirar.

Ongsa no evitó su mirada. Observó directamente a Saengnuea y repitió con claridad:

—Phatsa ya ha sido enlazado.

El silencio volvió a instalarse con fuerza entre ambos.

Saengnuea pareció necesitar varios segundos enteros antes de poder procesar de verdad aquellas palabras. Apretó los labios firmemente. La expresión que antes solo reflejaba la decepción de no haber podido invitar a Phatsa al cine, se transformó ahora en una conmoción pura, tan intensa que resultaba casi imposible descifrar qué sentimiento lo abrumaba más.

—Quieres decir... —comenzó despacio, como si temiera que, al hablar demasiado rápido, todo aquello sonara aún más real—. ¿Que fue mordido por un alfa... de esa manera?

Ongsa cerró los ojos por un breve instante antes de volver a abrirlos.

—Mmh.

Saengnuea se sumió en un silencio absoluto.

Este silencio ya no era el de una conmoción ordinaria. Era como si la persona frente a él estuviera intentando encajar todas las piezas desde el principio: la razón por la que no podía comunicarse con Phatsa, el motivo por el que Phatsa se había mudado a la casa de otra persona, la razón por la que Ongsa había estado evitando dar respuestas directas todo este tiempo.

Todo estaba empezando a conectarse.

Y cuanto más se conectaba, más pálido se ponía el rostro de Saengnuea.

—¿Quién?

La pregunta fue un susurro apenas audible, pero lo suficientemente afilada como para que la atmósfera de la cafetería se congelara un nivel más.

Ongsa no respondió de inmediato.

No porque no supiera qué decir, sino porque sabía que, una vez que pronunciara ese nombre en voz alta, el asunto cobraría un peso aún mayor para quien lo escuchaba. Por ello, optó por guardar silencio un momento antes de responder de una forma que todavía no lo revelaba todo.

—La persona con la que Phatsa se está quedando ahora mismo.

Saengnuea parpadeó despacio.

—¿El conocido que mencionaste antes...?

—Sí.

Saengnuea pareció asimilar la respuesta, pero permaneció inmóvil, como si fuera incapaz de moverse. Su conmoción comenzó a transformarse en una evidente confusión. No sabía qué debía sentir primero: el impacto de descubrir que Phatsa era un omega, la impresión de que ya hubiera sido enlazado, o el desconcierto de que la persona a la que había ido a invitar al cine estuviera viviendo una vida que había cambiado de forma tan drástica sin que él supiera absolutamente nada.

—P' Phatsa... —murmuró de nuevo, como si pronunciara el nombre para confirmar que la persona de la que hablaban seguía siendo la misma—. **¿De verdad está bien?**

Aquella pregunta hizo que Ongsa se quedara callado por un momento.

Porque si tenía que responder con honestidad, él mismo seguía sin estar seguro de cómo debía interpretarse la palabra «bien» para Phatsa en este

momento. Era cierto que Phatsa todavía podía mantenerse en pie, seguir discutiendo y lucir como si estuviera listo para morder a cualquiera en cualquier instante. Pero, por otro lado, ese muchacho había sido arrastrado a un cambio demasiado grande como para que alguien pudiera sobrellevarlo con facilidad por su cuenta.

Al final, Ongsa respondió con tanta cautela como pudo:

—Por ahora... debería estar mejorando.

Saengnuea asintió despacio, pero no pareció muy aliviado.

Se quedó allí de pie en silencio durante un rato, como si innumerables preguntas dieran vueltas en su cabeza, pero ninguna pudiera salir fácilmente. Finalmente, volvió a preguntar con una voz mucho más suave que antes:

—¿P' Phatsa... lo consintió?

Esta vez, Ongsa soltó un suspiro de verdad.

La pregunta de Saengnuea no era complicada, pero era demasiado directa. Tan directa que dolía por la persona que no estaba allí con ellos.

—Eso... —se detuvo un instante—. No puedo responderlo en nombre de Phatsa.

Saengnuea guardó silencio.

Ongsa continuó lentamente:

—Pero en este momento, Phatsa ha elegido quedarse allí.

Esa frase no aportaba una claridad absoluta, pero fue suficiente para que Saengnuea comprendiera algo. Bajó ligeramente la mirada y su expresión se suavizó visiblemente, como si acabara de darse cuenta de que la distancia entre él y Phatsa ahora

ya no se debía simplemente a una separación física o a una falta de tiempo libre coincidente.

Quizá se trataba de otra etapa de la vida de la que, simplemente, él no formaba parte.

Ongsa miró a Saengnuea en silencio y no pudo evitar sentir un poco de lástima por él. Porque, aunque el otro muchacho no había dicho nada directamente, esa mirada en sus ojos ya decía más que suficiente.

Al final, Ongsa habló con una voz aún más dulce:

—Saengnuea.

El otro chico levantó la mirada despacio.

—No pienses demasiado por ahora. Cuídate tú primero —dijo Ongsa—. En cuanto a Phatsa... si llega el momento adecuado para que sepas más, te lo diré.

Saengnuea lo escuchó y apretó ligeramente los labios antes de asentir con lentitud. A pesar de que seguía intranquilo, pareció comprender que debía detenerse ahí por el momento.

—Está bien...

Su respuesta fue un susurro apenas audible.

Ongsa lo observó un instante antes de levantar una mano para tocarle suavemente el hombro, más como un gesto de consuelo que otra cosa.

Saengnuea permaneció en silencio unos segundos más, y luego volvió a juntar las manos en un wai de despedida. Esta vez, caminó hacia la salida de la cafetería de forma mucho más silenciosa que antes.

Una vez que la puerta se cerró, Ongsa se quedó inmóvil en el lugar durante un largo rato.

El aroma a café seguía flotando en el aire.

La luz del sol continuaba filtrándose a través de los cristales como siempre...

Todo en el interior de la cafetería permanecía exactamente igual.

Solo el sentimiento en su pecho se había vuelto aún más pesado que antes.

Porque, a medida que pasaba el tiempo, las personas que jamás debieron verse involucradas en este asunto estaban empezando a rozar su borde, una por una.

Y él mismo ya tampoco estaba seguro.

¿Dónde se detendría finalmente todo esto?

Phatsa seguía sin acostumbrarse en absoluto a vivir en esa casa.

No era porque el lugar fuera desagradable. Al contrario, la casa de Nakhun era espaciosa, limpia, silenciosa y estaba tan perfectamente ordenada que, a veces, se sentía más como una residencia de lujo sacada de un anuncio publicitario que como un hogar donde de verdad viviera gente real.

El problema no era la casa...

El problema era él.

Todavía no sabía dónde encajar en un espacio donde todo parecía seguir un orden meticuloso, y donde todos ya se habían encargado de resolver cada detalle por él.

Si se movía un solo milímetro, alguien se acercaba a preguntarle si necesitaba algo. Si caminaba para servirse agua él mismo, alguien se apresuraba a decirle que se encargaría de ello. Si se quedaba sentado en silencio durante demasiado tiempo,

alguien lo observaba de reojo, como si temiera que le hiciera falta algo. Phatsa no se sentía cómodo siendo atendido a ese extremo. Cuanto más hacían las cosas por él, menos sabía cómo actuar; era como si se hubiera convertido en un invitado que había prolongado su estancia más de la cuenta, o en un objeto frágil con el que todo el mundo debía ser exageradamente cauteloso.

Al final, cuando ya no pudo soportar más esa incomodidad, escapó al piso de arriba para refugiarse en su propia habitación por la tarde. Se llevó los expedientes de trabajo que Nakhun le había entregado en su momento y se sentó a leerlos en silencio en el escritorio junto a la ventana. Al menos, concentrarse en el trabajo era más sencillo que verse rodeado por las atenciones de toda la casa.

Varias hojas de papel yacían abiertas frente a él. Phatsa leía mientras, de vez en cuando, anotaba pequeños apuntes al margen. El tiempo se deslizó lentamente desde el final de la tarde hacia el anochecer sin que se diera cuenta. La luz al otro

lado de la ventana cambió del blanco pálido del mediodía al oro suave del crepúsculo. Las sombras en la habitación se hacían cada vez más largas, pero él seguía sin levantarse.

No era solo porque fuera tan trabajador que hubiese olvidado las horas.

Era porque verdaderamente no sabía qué hacer si se levantaba de allí. Si bajaba las escaleras, sentía que estorbaría. Si le pedía a alguien que lo llevara afuera, sentiría que causaba molestias. Si se quedaba sentado sin hacer nada, se sentiría inútil.

Después de dar vueltas en círculos a los mismos pensamientos una y otra vez, optó por quedarse con los documentos. Al menos, leer algo le hacía sentir que no estaba simplemente ocupando espacio y respirando en esa casa en vano.

Sin embargo, por más que intentaba comportarse con discreción, el asunto terminó llegando a oídos de la persona que menos debía enterarse.

Ai fue el primero en notar que Phatsa no había bajado a cenar. Cuando subió a revisar fuera de la habitación y descubrió que Phatsa seguía allí sentado, leyendo los documentos en silencio, no dijo mucho. Simplemente se retiró con su cortesía habitual. Poco después, Sila fue quien le informó de la situación a Nakhun.

En ese momento, Nakhun acababa de regresar a casa. Apenas se había quitado la chaqueta del traje, quedando solo en una camisa oscura entallada y con la expresión levemente cansada de quien ha pasado por una jornada completa de trabajo. Pero en el instante en que supo que Phatsa se negaba a bajar a cenar, su semblante se tensó de inmediato. Acto seguido, subió hacia la habitación sin perder tiempo.

Llamaron a la puerta una sola vez antes de que se abriera al segundo siguiente, al puro estilo de alguien que no tenía intenciones de dejar que el dueño del cuarto decidiera si le daba permiso o no.

Phatsa levantó la mirada de los documentos de inmediato. Al ver que se trataba de Nakhun, se congeló un poco, tomado por sorpresa.

El otro hombre se paró en el umbral; sus ojos afilados recorrieron la habitación brevemente: los expedientes esparcidos por el escritorio, el vaso de agua que apenas había sido tocado y un muchacho terco sentado allí, aferrado al trabajo junto a la ventana desde la tarde hasta el anochecer.

—¿Por qué no bajaste a comer?

Su voz no era muy alta, pero poseía una calma suficiente para que quien la escuchara supiera, de inmediato, que el dueño de esa voz estaba bastante disgustado.

Phatsa apretó los labios ligeramente antes de responder en voz baja:

—Aún no tengo hambre...

Nakhun lo miró fijamente por un momento, como si no estuviera dispuesto a aceptar esa respuesta tan fácilmente.

—Incluso si no tienes hambre, tienes que comer. Dejar que todos preparen la mesa y se queden esperándote de esta manera no está bien.

Phatsa evitó su mirada y, en su lugar, bajó los ojos hacia los documentos sobre el escritorio. Esa reacción solo hizo que Nakhun frunciera aún más el ceño.

—Phatsa —esta vez, su voz descendió a un tono más grave—. Ya te lo había dicho, ¿no? Incluso si quieres trabajar, eso no significa que debas encerrarte aquí de esta forma.

Aquellas palabras hicieron que Phatsa se volviera a mirarlo de inmediato. Su semblante se tornó un tanto severo, como el de alguien que, sin pretenderlo, de pronto se siente herido.

—Solo estaba leyendo los documentos —respondió. Su voz no era alta, pero resultaba evidente que estaba resentido—. **Tampoco es como si hubiera ido a causarle problemas a nadie.**

Nakhun se pausó un instante, como si solo entonces se diera cuenta de que su tono había sonado demasiado duro. Al ver el rostro de Phatsa, la manera en que sus labios se fruncían levemente como los de alguien molesto que aún intenta contenerse, la rigidez de su propia expresión se suavizó casi de inmediato.

—No quise decir eso —dijo de prisa, con una voz más dócil mientras daba un paso hacia el frente.

Phatsa siguió con los labios apretados y no respondió de inmediato.

Nakhun dejó escapar un suspiro silencioso y bajó aún más la voz:

—Está bien. Lo siento.

Esa disculpa hizo que Phatsa parpadeara sorprendido, como si no se la hubiera esperado. Normalmente, Nakhun no era la clase de persona que pasaba tan rápido de regañar a reconfortar a alguien. Pero cuando el otro hombre se inclinó un poco para quedar a la altura de sus ojos y lo miró fijamente en silencio, el pequeño nudo de resentimiento dentro de su pecho comenzó a desvanecerse de inmediato.

—No quería regañarte —dijo Nakhun—. Solo que no me gusta que te quedes solo todo el día y no comas.

Phatsa guardó silencio un momento antes de volver a bajar los ojos y murmurar con suavidad:

—Es que no sé qué hacer.

Esta vez, fue Nakhun quien se quedó inmóvil.

Phatsa continuó despacio, con una voz queda y directa. No pretendía sonar como si estuviera

encaprichado, pero, de algún modo, cada palabra brotaba con ese matiz exacto.

—Tampoco quiero molestar a la gente de esta casa. Cuando tú no estás... no sé qué se supone que deba hacer.

Esas palabras hicieron que la mirada de Nakhun se suavizara por completo al instante.

Phatsa siguió hablando sin mirarlo:

—Si bajo, siento que todo el mundo me está vigilando todo el tiempo. Si salgo, alguien tiene que llevarme en auto. No quiero ir de un lado a otro tan seguido y hacer que los demás pasen por molestias por mi culpa.

Se detuvo un instante antes de hablar en un hilo de voz aún más bajo.

—Así que solo me senté aquí a leer el trabajo.

Toda la habitación quedó sumida en el silencio por un momento.

Nakhun lo contempló durante un largo rato sin hablar de inmediato. La persona frente a él no estaba haciendo un berrinche infantil. Tampoco estaba exigiendo nada de forma directa. Y eso era lo que otorgaba a sus palabras un peso todavía mayor.

Phatsa no estaba siendo terco por el simple deseo de ganar...

Simplemente, aún no había encontrado su lugar en esa casa.

Así que Nakhun se acercó y colocó suavemente su mano sobre el suave cabello del otro.

—A nadie le molestas —dijo con lentitud y claridad—. Y no estás causando problemas a nadie.

Phatsa finalmente levantó la mirada para verlo. Su expresión aún parecía reflejar que no terminaba de creérselo del todo.

Nakhun continuó, con un tono más firme que antes:

—Puedes vivir aquí. No estás quedándote en este lugar para tener que sentirte culpable con cada bocanada de aire que respiras.

Esas palabras hicieron que Phatsa se quedara inmóvil de nuevo.

Un sentimiento particular se movió lentamente por el centro de su pecho, y tuvo que bajar un poco los ojos porque no quería que la persona frente a él notara con demasiada claridad lo mucho que esa sola frase lo había ablandado.

Nakhun le acarició el cabello un poco más antes de continuar:

—La próxima vez, si estás aburrido, si no sabes qué hacer o si quieres ir a algún lado, dímelo.

Phatsa apretó los labios.

—Pero tú no estás aquí.

—Entonces búscalos a Ai. Habla con Sila. O llámame a mí —respondió Nakhun de inmediato—. No tienes que guardarte todo para ti mismo.

Phatsa guardó silencio un momento más antes de murmurar, aceptándolo a regañadientes:

—No estoy acostumbrado.

—Lo sé —replicó Nakhun con serenidad—. Entonces ve acostumbrándote poco a poco.

Esta vez, Phatsa dejó escapar una leve risa.

—Lo dices como si fuera fácil.

—No lo es —respondió Nakhun de inmediato—. Pero tú puedes hacerlo.

Al escuchar esa respuesta, Phatsa solo pudo sacudir la cabeza ligeramente, demasiado cansado para discutir. Reunió despacio los documentos sobre el escritorio y dijo en voz baja:

—Ya tengo hambre, ¿de acuerdo?

La comisura de los labios de Nakhun se elevó un poco, escapando a su control.

—Bien —dijo—. Vamos a comer.

Phatsa asintió, pero no se levantó de inmediato. Permaneció sentado allí un momento más, como si esperara algo en silencio, hasta que Nakhun enarcó una ceja y preguntó:

—¿Qué pasa?

Phatsa evitó sus ojos y murmuró con suavidad:

—Lamento haber hecho que te preocuparas.

Esa frase hizo que Nakhun se pausara por una fracción de segundo antes de que su mirada se suavizara todavía más.

—La próxima vez, solo no te dejes absorber tanto por el trabajo como para olvidarte de comer —respondió, y luego volvió a tocarle la cabeza con ligereza—. **Ve a comer.**

Esta vez, Phatsa se puso en pie obedientemente.

Y mientras seguía a Nakhun fuera de la habitación, solo entonces se dio cuenta de que la incomodidad que se había estado acumulando dentro de él durante todo el día se había vuelto mucho más ligera.

Todo porque alguien se había tomado el tiempo de decirle directamente que, en verdad, él no era una pieza sobrante en esa casa.

A la mañana siguiente, Phatsa finalmente comprendió que las palabras «Entonces te lo daré todo», en el mundo de Nakhun, no habían sido en absoluto una broma.

Al principio, simplemente le habían pedido que saliera al frente de la casa temprano por la mañana. Ni siquiera había podido tomarse el café como Dios manda cuando vio a la gente de la casa de pie, en silencio y ordenadamente, en el patio delantero.

Y en medio de la mirada de todos, había un automóvil deportivo descapotable, de un color verde lima, estacionado inmóvil bajo la luz de la mañana.

Su color era tan brillante que casi lastimaba los ojos. Las líneas del auto eran afiladas, bajas, estilizadas y demasiado lujosas como para que

alguien recién graduado tuviera, así como así, el derecho de tocarlo.

No era solo un auto.

Era la clase de objeto costoso que hacía que cualquiera que lo viera se detuviera a mirar.

Tan caro que el solo hecho de estar allí contemplándolo hacía que Phatsa sintiera que su precio debía superar por mucho todos sus ahorros. Para la gente común, incluso trabajando durante muchísimos años más, si no contaban con un sólido respaldo financiero detrás, no había forma de que pudieran comprar algo así con su propio esfuerzo.

Todavía se encontraba allí, paralizado por la impresión, cuando Nakhun salió de la casa con una expresión serena, como si estuviera a punto de entregarle las llaves de un auto familiar cualquiera y no las de un deportivo descapotable verde lima que lucía exageradamente caro y que iba mucho más allá de lo necesario.

El otro hombre le extendió las llaves directamente.

—Úsalo.

Phatsa parpadeó una vez y luego se volvió para mirar al dueño de esa frase, inseguro de si debía sorprenderse primero por el auto o por lo calmada que seguía sonando la voz del hombre.

—¿Qué?

—Es tu auto —replicó Nakhun con total naturalidad—. Así podrás ir a donde quieras por ti mismo y no tendrás que seguir molestando a nadie más para que te lleve.

Se detuvo un instante antes de continuar, como si ya hubiera establecido las condiciones.

—Pero a donde sea que vayas, tienes que decírmelo a mí primero.

Phatsa miró alternadamente entre las llaves en la mano del hombre y el auto frente a él durante varios segundos enteros, como si su cerebro intentara asimilar el hecho de que aquello fuera real.

No era una broma.

No era un chiste.

No era el típico comportamiento despreocupado de un rico que le arrojaba un objeto extravagante sin pensar.

Era un auto de verdad.

Un auto que realmente habían comprado para él.

Esto era una locura.

—Espera —dijo despacio, intentando ordenar sus palabras para no sonar demasiado rudo—. ¿De verdad me compraste un auto?

—Mmh.

—¿Este auto?

—Sí.

—¿Para que yo lo use?

Nakhun lo miró con total serenidad.

—¿Qué parte de lo que dije no quedó clara?

La boca de Phatsa se abrió ligeramente antes de volverse a mirar el vehículo otra vez. Cuanto más lo contemplaba, más sentía que no podía lidiar con esto. El auto llamaba demasiado la atención.

Era demasiado costoso. Era demasiado para su estilo de vida.

—No lo quiero.

La respuesta se le escapó con demasiada rapidez. Tan rápido que incluso él sintió que había sonado abrupta.

Y la atmósfera frente a la casa cambió de inmediato.

El semblante de Nakhun se tensó a otro nivel. Era esa clase de rigidez que no requería en absoluto alzar la voz, pero que hacía que todos alrededor presintieran al instante que estaba verdaderamente disgustado.

—¿No lo quieres? —repitió Nakhun con lentitud.

Phatsa se dio cuenta de que había sido demasiado tajante, por lo que intentó explicarse a toda prisa.

—Quiero decir... No puedo aceptarlo.

Sin embargo, pareció que aquellas palabras no mejoraban la situación en lo más mínimo...

Nakhun lo contempló por un momento; su mirada se volvió más profunda y fija, hasta que Phatsa comenzó a percatarse, poco a poco, de que tal vez había metido la pata.

—¿Por qué?

—Bueno... —Phatsa apretó los labios sutilmente—. Es demasiado caro.

Se volvió a mirar el auto una vez más antes de hablar con la mayor honestidad posible.

—Míralo. Es un automóvil deportivo descapotable, no un auto normal de uso diario. ¿Qué chico recién graduado podría comprar algo así con su propio dinero?

Nakhun continuó observándolo en silencio. Su expresión no varió mucho, pero cuanto más imperturbable se mostraba, más claro sentía Phatsa que el otro hombre se estaba resentido de verdad.

—Ya está comprado —dijo finalmente Nakhun—. Los documentos están a tu nombre.

Phatsa se quedó helado.

—Si no lo quieres, puedes venderlo —la voz de Nakhun seguía tan calmada como siempre, pero era una calma que dejaba escuchar de inmediato su descontento—. O no lo uses en absoluto. Como quieras.

Esta vez, Phatsa se quedó verdaderamente inmóvil.

Era la primera vez en su vida que veía a Nakhun resentirse.

No un resentimiento ruidoso con rabietas.

No un resentimiento dramático de los que te hacen dar la espalda con desprecio.

Sino un resentimiento en el que, cuanto más disgustado estaba, menos hablaba y más imperturbable se volvía, haciendo que quien lo escuchara se sintiera culpable sin necesidad de que él mostrara la más mínima emoción.

Maldita sea.

Esto era mucho más aterrador que ser regañado...

—Tú...

Phatsa solo había alcanzado a llamarlo cuando Nakhun ya se había dado la vuelta.

El otro hombre caminó en línea recta de regreso al interior de la casa, dejando a Phatsa de pie en el patio delantero con la llave de un auto, un automóvil

deportivo descapotable verde lima
exageradamente costoso y un enorme nudo de
culpa que acababa de caerle directo al centro del
pecho sin previo aviso.

Phatsa permaneció allí inmóvil durante un largo
rato antes de bajar lentamente la mirada hacia la
llave que sostenía en la mano.

No era que no estuviera feliz.

Al contrario.

Estaba muy feliz.

El problema era que aquello resultaba excesivo.
Tanto, que no sabía cómo aceptarlo sin sentir que
estaba recibiendo algo que iba mucho más allá del
lugar que le correspondía en la vida.

Y lo peor de todo era que había pronunciado esas palabras frente a la persona que había elegido personalmente el regalo para él.

Maldita sea...

Para la tarde, Phatsa ya no podía seguir cargando con esa culpa a solas. Al final, no tuvo más remedio que subir a buscar a Nakhun a su habitación.

Llamó suavemente a la puerta dos veces antes de que la voz grave en el interior respondiera con parsimonia:

—Adelante.

Phatsa empujó la puerta despacio. Nakhun, en efecto, se encontraba en el cuarto. Estaba sentado al borde de la cama, concentrado en algo en la tableta que sostenía en la mano. Su semblante seguía siendo el mismo de antes, y fue precisamente por eso que Phatsa supo de

inmediato que el resentimiento de esta mañana no se había esfumado a ninguna parte.

Cerró la puerta con suavidad detrás de sí y caminó un poco más hacia el frente antes de detenerse ahí, sin saber muy bien cómo empezar.

Nakhun levantó la mirada para echarle un vistazo...

—¿Qué pasa?

Esa voz era bastante cortés, si uno ignoraba el hecho de que sonaba un poco más distante de lo habitual.

Phatsa apretó los dientes en secreto para sus adentros.

De acuerdo. Realmente está resentido.

—Vine a hablar contigo.

Nakhun dejó la tableta lentamente sobre el colchón y se recostó contra la cabecera de la cama.

—Entonces, habla.

Phatsa guardó silencio durante dos segundos enteros antes de tomar una respiración profunda y hablar directamente, como si se estuviera rindiendo:

—No es que no estuviera feliz.

Los ojos de Nakhun se movieron ligeramente, pero no dijo nada.

Así que Phatsa continuó:

—Estaba realmente feliz.

Esta vez, Nakhun preguntó con calma:

—Entonces, ¿por qué lo rechazaste?

La pregunta fue tan directa que Phatsa se congeló un poco. Apretó los lips antes de responder con toda la honestidad de la que era capaz:

—Porque es muy caro.

Toda la habitación quedó en silencio.

—No es un detalle insignificante que pueda aceptar para luego fingir que no pasa nada —dijo Phatsa con más lentitud—. Yo... no sé cómo aceptar algo así.

Nakhun lo miró en silencio por un momento antes de hablar finalmente con una voz que se había suavizado un poco:

—Solo quería darte algo bueno.

Phatsa se quedó inmóvil...

Nakhun bajó la mirada ligeramente, como si las siguientes palabras tuvieran un peso considerablemente mayor:

—Porque yo soy el responsable de que hayas terminado en este estado.

Esas palabras hicieron que Phatsa se sumiera en un silencio absoluto de inmediato.

Nakhun guardó silencio también. Su semblante seguía calmado, pero esta rigidez ya no era la misma de cuando estaba resentido por la mañana. Esta vez, era la inmovilidad de alguien que hablaba directamente sobre algo que llevaba clavado en el corazón.

—Dejaste tu antigua vida y te mudaste aquí — continuó despacio—. Ir a cualquier lado ya no te resulta cómodo. Hagas lo que hagas, tienes que pensar en demasiadas cosas.

Sus ojos afilados se levantaron para mirar fijamente a Phatsa.

—Por eso quería darte algo que te ayudara a hacer tu vida más fácil.

Phatsa se quedó inmóvil en su lugar.

La culpa de la mañana se expandió todavía más. Porque ahora que escuchaba esto, comprendía con total claridad lo equivocado que había estado al interpretar el regalo del otro hombre.

No se trataba de Nakhun comprando algo costoso solo para complacerlo por mero capricho.

Era Nakhun intentando compensarlo a su propia manera.

Phatsa bajó la mirada antes de murmurar con suavidad:

—No lo rechacé porque no lo quisiera.

Nakhun escuchó en silencio...

—Solo me quedé en shock —admitió Phatsa con honestidad—. Y... no estoy acostumbrado a que alguien me dé algo así.

Esas palabras hicieron que la mirada de Nakhun finalmente se suavizara de forma visible.

Así que Phatsa armó un poco más de valor y continuó:

—De verdad estoy feliz.

Se detuvo un instante antes de hablar con una voz todavía más suave:

—Muy feliz.

Esta vez, la comisura de los labios de Nakhun se movió apenas un poco. Fue una curva tenue, casi imperceptible, pero Phatsa la notó.

Y de inmediato sintió un gran alivio.

Al menos las cosas estaban mejorando.

—Es solo que, cuando algo es demasiado caro... —
continuó Phatsa, arrugando ligeramente la nariz—.
No sé qué decir.

Nakhun lo contempló por un momento antes de preguntar en voz baja:

—¿Y ahora ya sabes qué decir?

Phatsa se congeló por un instante antes de dejar escapar una risa silenciosa, completamente derrotado.

—Aún no del todo.

Esta vez, Nakhun sonrió de verdad. No fue una sonrisa muy amplia, pero bastó para que la atmósfera de la habitación se relajara por completo.

Al ver eso, Phatsa se llenó de un poco más de valor.

—Lo aceptaré.

Miró directamente al otro hombre y dijo con claridad:

—Lo aceptaré.

Hubo un breve silencio antes de que añadiera, todavía un poco tímido:

—Y gracias.

Esta vez, Nakhun asintió levemente, como si ya hubiera aceptado cada una de esas palabras.

—Úsalo bien. Llévalo a los lugares a los donde quieras ir. Pero te pido una sola cosa. Antes de ir a cualquier lado, ¿puedes decírmelo primero? Quiero que vayas a los sitios de manera segura.

Phatsa asintió.

Solo entonces notó que la comisura de los labios de Nakhun se había elevado en una tenue sonrisa.

Phatsa se quedó de pie en silencio frente a él durante un momento, hasta que algo cambió dentro de su pecho.

No sabía qué hacer para que su agradecimiento se sintiera suficiente ante algo tan grande. No sabía qué podía dar a cambio de la consideración del otro hombre. Al final, su cuerpo decidió antes de que sus pensamientos pudieran hacerlo. Se acercó un poco más y se inclinó ligeramente hacia abajo, con la intención de besar al otro hombre con ligereza en

la mejilla como muestra de gratitud, porque eso era lo único que se le ocurría hacer.

Pero Nakhun era un alfa.

Y era un alfa puro que se protegía por instinto.

En el instante en que Phatsa se aproximó, el rostro de Nakhun se giró hacia él de manera automática.

Y en ese segundo, sus labios se rozaron.

Duró apenas una fracción de segundo.

Muy breve.

Muy leve.

Pero lo suficientemente nítido como para hacer que ambos se congelaran al mismo tiempo.

Los ojos de Phatsa se agrandaron ligeramente mientras su mente era incapaz de procesar la situación. Nakhun no estaba menos atónito. Sus respiraciones aún se rozaban entre sí, a una distancia demasiado corta. Tan cerca que Phatsa podía sentir por completo el calor que emanaba del otro hombre.

Ninguno de los dos dijo nada.

Ninguno de los dos se alejó de inmediato.

Solo un breve silencio flotaba entre ellos, como si ambas partes intentaran asimilar lo que acababa de ocurrir.

Y al final, Phatsa fue quien se movió primero.

Tal vez porque estaba demasiado avergonzado.

Tal vez porque su corazón latía demasiado deprisa.

O tal vez porque si dejaba que el silencio se prolongara más, de verdad terminaría huyendo de la habitación.

Así que decidió besar a Nakhun.

Fue un beso que comenzó con suavidad, con una enorme vacilación, como si solo quisiera encubrir el accidente de hace un momento y transformarlo, en su lugar, en algo intencionado.

Sin embargo, en el instante en que sus labios se encontraron de forma más clara, Phatsa se percató al segundo siguiente de que tal vez había cometido un error.

Porque Nakhun le devolvió el beso casi de inmediato.

Y esta vez, no permitió que se quedara en un simple contacto ligero.

Una mano grande se deslizó hacia arriba para sostener la nuca de Phatsa, con la firmeza suficiente para que sintiera la presión con claridad. Unos labios cálidos lo besaron de vuelta con más fuerza, más profundo y de manera más posesiva que nunca. Era como si durante todo este tiempo en el que Nakhun se había contenido, reprimido, mostrado cauteloso y siempre preguntado antes... todo empezara a aflojarse poco a poco, sencillamente porque Phatsa había sido quien dio el primer paso hacia él.

Phatsa se sobresaltó un poco al principio. Se le cortó el aliento de inmediato cuando el beso se intensificó con tanta rapidez.

De verdad había pensado que solo le daría a Nakhun un beso ligero, lo justo para demostrarle que estaba agradecido. No creyó que se convertiría en esto. No imaginó que Nakhun le respondería con tanta fuerza y con un hambre tan oculta bajo ese exterior imperturbable.

Aun así, no apartó al otro hombre.

Al contrario.

Cuanto más profundo era el beso, más fuerte le latía el corazón. Su cuerpo entero comenzó a calentarse de forma incontrolable. Sus manos, inseguras de a dónde ir, terminaron aferrándose un poco más a la camisa de Nakhun, como si la usara para estabilizarse.

Maldita sea.

Realmente había cometido un error.

Y ya era demasiado tarde.

Porque ahora Nakhun lo besaba cada vez más y más profundo, como si tuviera la intención de enseñarle que ofrecerse primero de esa manera ante un alfa no era algo que cualquiera pudiera retirar fácilmente.

Aquel beso fue mucho más profundo de lo que Phatsa había anticipado.

Tan profundo que sentía como si Nakhun le estuviera arrebatando lentamente cada bocanada de aire, una a una. Los labios cálidos que se movían contra los suyos no eran tan apresurados como para resultar bruscos, pero tampoco lo bastante delicados como para permitirle retroceder con facilidad. Era el beso de alguien que se había estado conteniendo durante mucho tiempo. El beso de alguien que siempre había sido capaz de controlarlo todo, pero que ahora dejaba escapar sus verdaderos sentimientos, poco a poco.

Phatsa, sin darse cuenta, se aferró aún más a la camisa de Nakhun.

Su corazón latía con tanta fuerza que casi ahogaba cualquier otro sonido en la habitación: el zumbido del aire acondicionado, sus propias respiraciones, incluso el mundo exterior, que parecía alejarse más y más. Solo la cercanía frente a él permanecía insoportablemente clara.

No había sido su intención que las cosas terminaran así.

Al principio, solo quería agradecerle.

Un único beso ligero en la mejilla, y luego se apartaría rápidamente fingiendo que no había pasado nada.

Pero en el momento en que los labios de Nakhun tocaron los suyos, todo pareció cambiar de rumbo por completo.

Cuanto más le devolvía el beso Nakhun, más sentía Phatsa que se derretía lentamente entre los brazos del otro hombre. El calor se extendió desde el centro de su pecho hasta la punta de sus dedos. Una sensación extraña, desconocida y peligrosa hizo que cerrara despacio los ojos y respondiera al beso sin siquiera darse cuenta.

Solo eso bastó para que la mano de Nakhun, que sostenía su nuca, se tensara ligeramente.

Como si Nakhun también pudiera sentirlo.

Phatsa no lo estaba apartando.

No se estaba negando.

Y, en realidad, no quería huir.

Así que el beso se profundizó un poco más.

Phatsa dio un leve respingo cuando los dedos de Nakhun se movieron de su nuca para acunar su mejilla en su lugar. Ese toque fue mucho más delicado que el beso. Tan suave que su corazón dio un extraño vuelco, como si Nakhun le estuviera comunicando a través de las yemas de sus dedos que, sin importar cuán denso fuera el deseo en su interior, seguía siendo cuidadoso con él.

Al final, Phatsa fue quien, de manera inconsciente, dio medio paso más hacia adelante.

Nakhun dejó de besarlo de inmediato.

No porque quisiera alejarse...

Sino porque tenía que detenerse.

Retiró sus labios despacio, a pesar de que su respiración aún era inestable. Sus ojos afilados contemplaron en silencio a la persona frente a él. Esa mirada era más profunda que cualquier otra que Phatsa le hubiera visto antes; tan profunda que, finalmente, Phatsa tuvo que bajar los ojos y desviar la vista.

Sin embargo, no pudo escapar muy lejos.

Porque la mano de Nakhun todavía sostenía su mejilla.

—Phatsa.

La forma en que Nakhun pronunció su nombre fue un tono más bajo de lo habitual, un poco ronco,

como alguien que intenta suprimir mucho más de lo que está dispuesto a decir en voz alta.

Phatsa apretó los labios con suavidad antes de responder con una voz que apenas logró escapar de su garganta:

—Mmh.

Nakhun continuó mirándolo de esa manera y no habló de inmediato.

Esa mirada hizo que Phatsa comenzara a sentir calor otra vez. A pesar de que acababa de recibir un beso que casi lo había dejado sin aliento, lo que complicaba aún más su respiración no era el contacto de antes.

Era la forma en que Nakhun lo contemplaba ahora.

La mirada de alguien que deseaba volver a estrecharlo entre sus brazos.

Pero que, aun así, prefería preguntarle primero.

—Si sigo besándote —dijo Nakhun despacio—, ¿tendrás miedo?

Esa frase hizo que Phatsa se congelara de inmediato.

Su corazón empezó a latir a toda prisa de nuevo, pero esta vez no era solo por la sorpresa. Había algo más mezclado en su interior: algo cálido, dulce y tierno; algo que lo hacía sentir profundamente cuidado, incluso en un momento en que el otro hombre debía estar haciendo su mayor esfuerzo por controlarse.

Phatsa no respondió de inmediato.

Bajó la vista hacia su propia mano, que todavía se aferraba a la camisa de Nakhun, y solo entonces se dio cuenta de que, desde el principio hasta ese instante, no la había soltado en absoluto.

Si en verdad tuviera miedo, se habría soltado hacía mucho tiempo.

Si de verdad quisiera huir, habría dado un paso atrás la primera vez que sus labios se rozaron.

Pero seguía aquí.

Aún permanecía así de cerca de Nakhun.

And la proximidad frente a él no le despertaba deseos de escapar.

Solo hacía que no supiera cómo lidiar con su propio corazón.

—No tengo miedo.

La respuesta de Phatsa fue apenas un susurro.

Pero resultó lo suficientemente clara como para transformar la expresión en los ojos de Nakhun.

Esa mirada oscura y afilada tembló por una fracción de segundo antes de que una profunda ternura tomara su lugar. Nakhun no lo besó de inmediato como Phatsa pensó que haría. Se limitó a acariciar la mejilla de Phatsa con delicadeza usando las yemas de sus dedos, como si se confirmara a sí mismo que la persona frente a él realmente seguía allí.

—¿Estás seguro?

Phatsa levantó los ojos para mirarlo.

—No soy tan niño.

La comisura de los labios de Nakhun se movió ligeramente.

—Lo sé.

—Y tampoco soy tan débil.

—También lo sé.

Phatsa frunció el ceño levemente.

—Entonces, ¿por qué vuelves a preguntar?

Esta vez, Nakhun sonrió de verdad. Fue una sonrisa muy pequeña, pero disipó casi toda la pesada tensión de hacía un momento.

—Porque quiero que tú estés seguro.

Esa respuesta hizo que Phatsa se quedara callado.

No sabía por qué una frase tan común podía hacer que le escocieran los ojos. No era exageradamente dulce. No estaba adornada con palabras hermosas.

Pero era tan sincera que pareció conmover algo muy profundo en su interior.

Durante todo este tiempo, demasiadas cosas habían sucedido con demasiada rapidez.

Demasiado rápido como para que él pudiera prepararse.

Demasiado rápido como para elegirlo todo por su cuenta.

Pero en este preciso instante, Nakhun se detenía y lo esperaba.

A pesar de que para el otro hombre habría sido sumamente fácil arrastrarlo de vuelta a otro beso.

Phatsa tomó una suave respiración antes de soltar lentamente la camisa de Nakhun. Luego, movió sus manos para apoyarlas, en su lugar, sobre los hombros anchos del otro hombre.

—Estoy seguro.

Nakhun se quedó inmóvil de inmediato.

Phatsa pudo sentir el más mínimo cambio en el ritmo de la respiración del otro.

Solo eso bastó para que le diera tanta vergüenza que rápidamente bajó los ojos otra vez. Pero esta vez, no retrocedió.

Fue él quien se acercó de nuevo.

Lo suficientemente cerca como para que las puntas de sus narices casi se rozaran.

Lo suficientemente cerca como para que su corazón pudiera escuchar el del otro hombre a través del silencio.

—Pero tienes que ser delicado.

Las palabras se le escaparon antes de que pudiera pensarlo.

En el instante en que terminó de hablar, Phatsa casi quiso morderse la propia lengua.

Su rostro se encendió en fiebre al instante.

En cuanto a Nakhun, lo miró en silencio durante un segundo antes de que la sonrisa en sus ojos se volviera imposible de ocultar.

—Está bien.

Esa respuesta corta fue tan baja y suave que el corazón de Phatsa tembló.

Entonces Nakhun lo besó de nuevo.

Esta vez fue diferente a la anterior.

Los labios de Nakhun tocaron los suyos con mucho más cuidado. Más suave que antes. Más despacio que antes. Sin embargo, de alguna manera, hizo que el corazón de Phatsa se agitara con aún más fuerza. Cada movimiento del beso parecía preguntarle en silencio: ¿Está bien así? ¿Es demasiado? Y Phatsa respondió no apartándose.

Cerró los ojos y se permitió aprender lentamente de ese contacto.

Aprender que el beso de Nakhun no estaba hecho solo de fuego.

Contenía paciencia.

Contenía moderación.

Contenía una ternura oculta bajo la poderosa atracción de un alfa puro.

Y contenía un sentimiento que Phatsa no se atrevía a nombrar.

Porque si lo nombraba con claridad, temía que su corazón perdiera todavía más el equilibrio.

Un golpe resonó en la puerta en ese preciso momento.

Phatsa se sobresaltó tanto que casi se apartó bruscamente, pero Nakhun fue más rápido. Levantó una mano para sostener la espalda de Phatsa con delicadeza, evitando que perdiera el equilibrio, mientras sus labios se retiraban de los de Phatsa con una lentitud que se sentía demasiado reacia como para llamarla casual.

Ambos se quedaron en silencio al mismo tiempo.

Phatsa ni siquiera había logrado normalizar su respiración. Tenía el rostro tan encendido que no tenía idea de dónde esconderlo. Nakhun, mientras tanto, seguía mirándolo desde una distancia demasiado corta; esos ojos profundos y afilados

parecían resistirse a dejar que el momento entre ambos terminara tan fácilmente.

La voz de Sila llegó desde el exterior:

—Khun Nakhun, han llegado los documentos del socio.

Nakhun no se alejó de inmediato de Phatsa. Solo bajó la mirada hacia los labios de la persona frente a él por una fracción de segundo antes de responder con voz calmada, como si nada hubiera pasado dentro de esa habitación que casi había hecho que el corazón de Phatsa saltara de su pecho:

—Déjalos en mi estudio.

—Sí, señor.

Los pasos de Sila se alejaron gradualmente.

Sin embargo, el silencio en la habitación no regresó a lo que había sido antes.

Phatsa se percató de repente de que su mano todavía estaba aferrada a la camisa de Nakhun. Lo soltó rápidamente y retrocedió medio paso, actuando como si no hubiera sido él quien se había acercado a besar al otro hombre primero, a pesar de que cada evidencia seguía siendo demasiado obvia en su rostro.

Especialmente sus labios, que todavía sentía tan cálidos que no necesitaba mirarse en un espejo para saber que debían estar muy rojos.

Nakhun lo observó en silencio, mientras la comisura de sus labios se elevaba un milímetro.

—¿A dónde huyes?

Phatsa se congeló de inmediato.

—No estoy huyendo.

—Entonces, ¿por qué diste un paso atrás?

—Bueno... —Apretó los labios, incapaz de encontrar una respuesta a tiempo—. Tienes que ir a trabajar, ¿no? Los documentos ya llegaron.

Nakhun continuó mirándolo de esa manera.

—Mmh. Tengo que irme.

Esa respuesta debería haber hecho que Phatsa se sintiera aliviado. Pero al escucharla en realidad, algo en su pecho pareció decaer un poco de una forma que le resultó molesta.

A pesar de que hacía solo un instante, él había sido quien deseaba escapar.

Ahora que Nakhun de verdad se iba, de pronto volvió a sentirse extraño.

Así que Phatsa solo pudo bajar la mirada y murmurar en voz baja:

—Entonces, ve.

Nakhun no se movió de inmediato. Permaneció de pie frente a él, en silencio el tiempo suficiente para que el corazón de Phatsa comenzara a perder el ritmo otra vez.

—Esta noche.

Esa sola palabra hizo que Phatsa levantara la vista antes de darse cuenta.

—¿Esta noche?

Nakhun lo miró directamente y habló con un tono calmado, como si estuviera haciendo la pregunta más ordinaria del mundo, a pesar de que dicha pregunta casi hizo que el oyente se atragantara con su propio aliento.

—Esta noche quiero dormir abrazándote.

Phatsa se congeló por completo.

Se quedó mirando a Nakhun durante varios segundos enteros, como si su cerebro intentara traducir la frase una vez más, por si acaso la había escuchado mal.

Pero no había sido así.

Nakhun lo había dicho con total claridad.

Tan claramente que el rostro de Phatsa volvió a encenderse de golpe sin darle tiempo a prepararse.

—No.

La respuesta se le escapó a toda prisa. Tan rápido que incluso el propio Phatsa se sobresaltó.

Nakhun levantó una ceja ligeramente.

—¿Por qué?

—No significa no.

—Ya nos besamos.

Los ojos de Phatsa se agrandaron de inmediato.

—Khun Nakhun...

Nakhun continuó hablando con una expresión imperturbable, como si no acabara de lanzarle una bomba a la persona frente a él:

—Si besarse está bien, entonces dormir abrazados no debería ser extraño.

—Sí es extraño.

—¿Qué parte de eso es extraña?

—Todo es extraño.

Phatsa respondió aún más rápido, empezando a entrar en pánico. Pero cuanto más veía la expresión exageradamente seria de Nakhun, menos sabía cómo comportarse.

Por el amor de Dios.

¿Qué clase de persona hablaba sobre dormir acurrucados con una cara tan seria?

Y, por si fuera poco, lo decía como si estuviera explicando la lógica de una reunión de negocios.

—Dije que no, así que es no —repitió Phatsa, bajando la voz mientras hacía su mejor esfuerzo por lucir serio.

«Esta clase de cosas no se supone que la gente las pregunte de forma tan directa», pensó Phatsa para sus adentros.

Nakhun lo miró con calma.

—Entonces, ¿qué debería hacer?

Phatsa se congeló...

Esa pregunta era demasiado seria.

Tan seria que la persona a la que se lo preguntaban casi quería levantar ambas manos y sostenerse la cabeza.

No había forma alguna de que pudiera decir en voz alta que, con algo como esto, cuando llegara la hora de acostarse, Nakhun simplemente debería abrazarlo. ¿Para qué preguntar y hacerlo pasar por una vergüenza con la que apenas podía lidiar?

No.

Absolutamente no.

Todavía tenía que conservar al menos el último fragmento de su dignidad.

Sin embargo, por dentro, sus pensamientos ya eran un completo caos.

¿Quién pregunta algo como esto de forma tan directa?

Cuando llegue la hora de dormir, simplemente abrázame.

Si no quiero que lo hagas, yo mismo te apartaré.

¿Por qué este alfa puro tenía que tener tan buenos modales?

Phatsa apretó los labios con fuerza, intentando evitar que todos esos pensamientos se reflejaran en su rostro. Pero al parecer no tuvo mucho éxito, porque Nakhun lo observó durante demasiado tiempo, y había una tenue sonrisa oculta en esos ojos afilados.

—¿En qué estás pensando?

—En nada...

—Tu cara parece la de alguien que está pensando demasiado.

—Mi cara simplemente es así.

Nakhun se quedó callado por un momento antes de responder con total serenidad:

—Entonces, volveré a preguntar esta noche.

Phatsa levantó la vista de inmediato.

—¿De verdad vas a volver a preguntar?

—Mmh.

—Te daré la misma respuesta.

—Respóndeme esta noche.

Por un momento, Phatsa se quedó sin palabras.

No sabía si debía sentirse irritado por lo testarudo que era el otro hombre, o avergonzado porque Nakhun realmente parecía decidido a volver a preguntarle sobre esto más tarde.

Al final, lo único que pudo hacer fue desviar el rostro y murmurar en voz baja:

—Haz lo que quieras.

La comisura de los labios de Nakhun se elevó ligeramente.

—Entonces, iré a trabajar primero.

Phatsa asintió sin volver la vista hacia él.

—Está bien.

Sin embargo, Nakhun no caminó hacia la salida de inmediato.

Dio un paso más hacia adelante, haciendo que Phatsa se congelara sin saber por qué. Antes de que pudiera preguntar qué estaba haciendo, una

palma grande se elevó y tocó con suavidad la parte posterior de su cabeza. Luego, Nakhun se inclinó.

Unos labios cálidos se presionaron con delicadeza contra el suave cabello de Phatsa.

Fue solo un beso en la cabeza.

Muy ligero...

Muy breve.

Pero hizo que el corazón entero de Phatsa se detuviera por completo.

Ese toque no tenía el fuego del beso de antes. No le robó el aliento de la forma en que lo había hecho el roce de sus labios. En su lugar, fue más delicado, más profundo y, de manera extraña, mucho más desarmador.

Como si Nakhun no solo se estuviera despidiendo.

Sino dejando un fragmento de calidez con él antes de salir de la habitación.

Nakhun se apartó despacio. Sus ojos afilados lo miraron de nuevo, como si hubiera algo más que quisiera decir, pero al final no dijo nada. Se limitó a tocar la cabeza de Phatsa con ligereza una vez más antes de girarse hacia la puerta.

Phatsa observó en silencio la espalda del otro hombre.

Solo después de que la puerta se cerró, levantó la mano inconscientemente para tocar el lugar donde Nakhun acababa de besarlo.

Su corazón todavía latía con fuerza.

Con tanta fuerza que tuvo que fruncir el ceño, molesto consigo mismo.

—Maldita sea... —murmuró entre dientes.

Bajó la mano rápidamente, como si temiera que alguien pudiera verlo, a pesar de que no había nadie más en la habitación.

En cuanto a la persona que acababa de irse, Nakhun caminó por el pasillo con la misma expresión imperturbable de siempre.

Sin embargo, por dentro, solo un pensamiento permanecía con él.

Volvería a preguntar esta noche.

Si Phatsa seguía diciendo que no, no lo forzaría.

Pero si Phatsa vacilaba, aunque fuera un poco...

Nakhun bajó la mirada ligeramente, mientras la comisura de sus labios se curvaba de una forma casi imperceptible que casi nadie notaría.

Entonces tendría que esforzarse en preguntárselo un poco mejor.